

AFRICA ECUATORIAL.—LAS CASCADAS RIPON, FORMADAS POR EL NILO AL SALIR DEL LAGO VICTORIA

## CARTAS DE MISIONEROS

### URUBAMBA (PERÚ)

#### Un entierro en la montaña

Es del R. P. Fr. Elicerio Martínez, dominico, la siguiente carta que copiamos del último número del *Santisimo Rosario*:

**T**RISTE en extremo y desgarrador es el espectáculo que cuando muere un indio en los valles, se presenta. Allí, tendido en el suelo, sobre sucios trapos, entre cuatro tabiques de palos, bajo un techo, medio hundido, de paja seca, rodeado de tres ó cuatro amigos y de los miembros de la familia, es como siempre el moribundo se encuentra; sin un médico que declare la enfermedad del paciente; sin más remedios que alguna cocción de hierbas; sin un Crucifijo á donde el enfermo, en aquellos momentos supremos, pueda volver sus ojos; sin un sacerdote que le hable de Dios; sin nada de cuanto la Iglesia ofrece á sus hijos para emprender el gran viaje á la eternidad. Así es como la parca suele sorprender á estos infelices que la suerte arrojó á estas lejanas tierras.

En estas chozas entra esa desapiadada vieja sin carnes y sin entrañas, cortante guadaña en mano, y en sus huesosas mandíbulas irónica sonrisa, y burlona y despreciativa mueca; acércase al doliente, y con golpe impasible y certero, corta el hilo de la existencia y llena aquella morada de lágrimas, desolación y tristeza.

Ya hizo su oficio en aquel lugar; ya vistió de luto aquella estancia, y sale con la misma frialdad que allí entrara, y sigue su camino, y traspone montes, vadea ríos y deja atrás bosques llenos de hojarascas y maleza, y corre en busca de nuevas aventuras y presas.

Entretanto, en casa del difunto se apareja una sábana ú otra tela cualquiera y en ella se envuelve el

cuerpo, bien envuelto, para depositarlo en el regazo de la madre tierra.

Y aquí se observa una cosa digna de notarse; y son las manifestaciones que con motivo de los entierros se hacen; cosa, que si bien parece propia de salvajes, se ve de algún modo justificada en estos lugares, pues así mitigan algún tanto sus penas. Lo peor es que eso lo hagan también personas de algún rumbo y que se precian de civilizadas, como lo he visto más de una vez en la población de Santa Ana.

Es el caso, que mientras en Lima y en el Cuzco todo se vuelven, en los entierros, discursos y sofismas, ya en la iglesia, ya en los balcones por donde la comitiva pasa, ya en el cementerio, antes ó después de verificarse el sepelio, en los valles no se ven más que preparativos de bebidas y manducatorias.

Así es que en estos entierros, andan el bocado y el trago sin apenas darse punto de reposo desde el momento en que se secan las primeras lágrimas que produce el dolor natural de ver morir á algún miembro de la familia. Al salir con el cuerpo para el panteón, como ellos dicen (el panteón es el lugar cerca del camino en donde á cualquiera se entierra): al salir para el panteón, toman los asistentes sendos vasos de chicha, andan algún trayecto, y se detienen á descansar, y para tomar fuerzas ¡golpe á la chicha! llega la comitiva al panteón ¡codillo á la chicha! y si hay cerveza ¡envite á la cerveza! se termina el sepelio y ¡vuelta á la chicha! y se despide el duelo con repetición de copas de chicha, licor, cerveza, y á veces, por lujo, alguna botella de *coñac*.

Excusado es decir que con tanto beber las lágrimas se convierten en mosto, y el mosto en alcohol, y el alcohol en humores, y los humores en mareos de cabeza;



y con eso se acabó el dolor y empieza la juerga. Con frecuencia sigue la fiesta varios días y se despiden hasta juntarse otra vez para *llorar otra nueva desgracia*.

El entierro á que hoy nos referimos, no ha sido de esa manera, pues el difunto era persona de alguna posición y su familia de muy nobles sentimientos.

Era un amigo nuestro que vivía á unas cuatro leguas de esta Misión. Agujoneado por el deseo de visitar á un pariente que reside en la chunchada (entre los salvajes ó chunchos) y con la esperanza de sacar algo de plata, internóse en estos valles, y á los ocho días de salir sintióse atacado de la terciana. Descuidó un tanto sus primeros síntomas, no tomando remedio alguno, y á los pocos días perdió por completo el habla. Me llamaron con urgencia por si podía confesarlo, pero fué inútil mi ida: aquella lengua no profirió una sola palabra, y murió el pobre hombre sin despedirse de sus amigos, de sus sobrinos, de su hermana ni de su esposa.

¡Qué recuerdos tan tristes vinieron entonces á mi alma! La escena que entonces se desarrolló no es para descrita. ¡Hay que ver lo que es la vida en estos lugares, para comprender la soledad en que queda una casa sin su cabeza!

—¿A qué me trajiste á estos montes? decía la esposa entre sollozos; ¿á qué me trajiste á estos montes, para dejarme aquí sola y abandonada?...

—¡*Urpichai! ¡Taytachay! ¡Soncochay! ¡Huanucquechay!* clamaba la hermana. «¡Paloma mía! ¡padre mío! ¡corazón mío! ¡hermano mío!... ¡por ti he venido yo aquí, y ahora me dejas sin ningún amparo!... ¡*Quello Uno!* ¡qué triste ha sido para mí!...»

La hermana y la esposa hicieron un hábito de dominico y con él amortajamos al cuerpo; yo le puse mi rosario en las manos y después de colocado en su caja de nogal, y después de celebrar por su alma el santo sacrificio de la Misa, y después de cerrar todas las puertas de la casa, se puso la fúnebre procesión en marcha. Rompían filas algunos indios y trabajadores de la casa; detrás iba el féretro llevado en hombros por seis indios; seguían la esposa, dos sobrinitas y la hermana; y luego, á caballo, seguíamos el que esto escribe y algunos amigos del finado.

Dos leguas teníamos que andar, todo por medio de la montaña, para llegar á Putucusi, en donde se había de verificar el entierro.

El sol enviaba sus rayos candentes, con toda la fuerza que suele hacerlo en estos lugares, empapándonos al poco tiempo en sudor; los indios que llevaban el féretro, resbalaban por las laderas del camino y caían con frecuencia envueltos entre la maleza, y varias veces hubo que parar para amarrar la caja á las angarillas y estrechar éstas todo lo posible á fin de poder pasar por entre el ramaje y las enredaderas.

La esposa y la hermana á pie, tras los despojos de aquel ser querido, lanzaban gritos al cielo que partían el alma, y repercutían en los altos montes produciendo un eco tristísimo y desgarrador. Lloraban... lloraban al sacar de aquel lugar, para siempre, al que á él les había llevado.

Los amigos derramaban lágrimas en silencio al ir trasportando aquellos altos, tantas veces regados con el sudor del difunto, y en donde tantos días se habían juntado

para contarse mutuamente sus pocas alegrías y sus muchos trabajos, patrimonio indispensable de todo valluno.

Y entretanto, íbamos siguiendo, siguiendo cuesta abajo como huyendo de algo que en aquellas soledades causaba miedo en el alma, y en el corazón frío. Sólo de trecho en trecho nos deteníamos, para descansar algo la gente, y entonces rezábamos un responso por el alma de nuestro amigo, y se renovaban las lágrimas, los sollozos y los lamentos, y luego seguíamos... seguíamos por aquellos vericuetos, mal llamados senderos y mucho peor caminos.

A las dos de la tarde, habiendo salido de casa á las nueve, llegamos á Putucusi, en cuya capilla estaba abierta la sepultura; privilegio que sólo se concede á las personas de alguna consideración; pues los demás ya sabemos que van á parar á las laderas del camino.

A la entrada de la finca esperaban multitud de indios y todos los trabajadores, quienes tan pronto como nos vieron rompieron á llorar, y todos á una decían: «—¡Pobre Juan!... dichoso ser; un sacerdote á su lado suerte tener; santísimo padre acompañar... por bueno ser, Dios premiar, cosa que nunca nosotros ver. Cajón bendecido y panteón por santísimo padre misionero!... ni señores de la hacienda esto tuvieron. ¡Qué felicidad! ¡Bendito él!...»

Llegamos al lugar del sepulcro, y, después de las ceremonias del ritual, se dió principio al sepelio. Al recordar este acto se estremece el corazón, pues cualquiera puede imaginar lo que aquello sería, estando presentes todos los miembros de la familia, viendo las mismas hermana y esposa encerrar para siempre en aquel oscuro hoyo al ser para ellas más querido, y oyendo caer las paladas de tierra sobre la caja, produciendo un ruido tétrico que helaba la sangre en las venas. Sólo diré que al oír aquel ruido y aquellos golpes, y al ver á aquellas criaturas forcejear por enterrarse vivas en compañía de aquellos restos, y al contemplar aquellos infelices indios que por primera vez veían un entierro con asistencia de sacerdote, emocionado y conmovido y aturdido por aquel clamoreo de sollozos y de gritos, no pude entonar un solo responso por el eterno descanso de aquel amigo querido.

Terminado el entierro, y después de comer, nos retiramos de allí con el pecho lleno de tristezas, y yo me vine á nuestra Casa Misión, pensando en la infeliz suerte que cupo á estas gentes que viven en la montaña. Sólo el determinarse á vivir aquí tiene que ser para ellos un acto de heroísmo, según las privaciones de que son objeto, los peligros de que están rodeados y el desprecio con que los demás los miran: y ¡aún son cargados de contribuciones é impuestos! Creo que por el solo hecho de vivir en estos lugares merecían bien que á ellos se les pagase un buen sueldo y una considerable contribución. ¡Dios bendiga sus trabajos y pague con creces su heroica abnegación!

He querido hacer este relato para que se vea cómo se entierra por estos lugares, y para que se conozcan las ventajas que obtienen los que por casualidad moran cerca de alguna casa de Misión; pues siempre pueden recurrir á la casa del misionero que está pronto en todo instante á presentarse dondequiera que pueda contribuir al bien y á la salvación de las almas.



## NOTICIAS VARIAS

## Estados Unidos.

*Caballeros de Colón.*—Esta Sociedad católica, que cada día va propagándose más por todos los Estados Unidos, hasta el grado de ofrecer fundadas esperanzas de llegar á ser una de las asociaciones de más importancia, y que cuente mayor número de católicos en aquel país, ha sentado también sus reales en la ciudad de Las Vegas, representada por un crecido número de católicos, de los más prácticos y fervorosos. Según las actas de la Sociedad, el número de los asociados elevase hoy á *doscientos mil*, en los Estados Unidos; y cada año se nota por término medio un aumento de veinte mil individuos. Un desarrollo tan rápido sería señal bastante expresiva de su mérito intrínseco, si de éste no lo fuesen ya las palabras de aprobación y de alabanza con que la honran los señores Arzobispos de las diferentes diócesis de los Estados Unidos.

*Digna de encomio.*—Lo es la protección que el Gobierno del Estado de Chihuahua presta á los indios tarahumaras, explotados y vejados con frecuencia por algunos que se llaman *de razón*. Ultimamente, oyendo las fundadas quejas de los oprimidos, ese Gobierno, con laudable espíritu de justicia, ha enviado por algunos pueblos un honrado representante suyo, que con prudencia está procediendo á las diligencias

de apeo y fraccionamiento de los terrenos, á fin de evitar nuevos abusos de los vecinos *de razón*.

*Las Reparadoras.*—La señora Leary, á quien el Papa León XIII honró con el título de Condesa de Santa Cruz, inspirada por la gran devoción que siente hacia el Santísimo Sacramento, llevó á los Estados Unidos, hace seis años, algunos Padres del Santísimo Sacramento, y les dió residencia é iglesia en Nueva York. Ultimamente ha llamado de Roma á Nueva York á las Religiosas Reparadoras.

## Filipinas.

*El Catolicismo en Filipinas.*—Mr. Taft, destinado al parecer á ocupar la presidencia de los Estados Unidos, hace pocos días hablando de la prosperidad que él desearía tuviera la Iglesia católica en las islas Filipinas, decía dirigiendo la palabra á la Asociación de abogados de Tennessee: «La Iglesia católica deberá considerarse siempre como la fuerza de más valor para la elevación moral de los habitantes de aquellas islas en cuyo beneficio cederá siempre toda la prosperidad que ella tenga. Aunque yo mismo no sea católico, tengo por cierto,—y creo que no habrá protestante que esté al tanto de las circunstancias de aquellas islas, que no convenga conmigo —que será una grande ventaja para las Filipinas el que la Iglesia católica recobre en ellas su pasada condición de bienestar y de prosperidad.» También nosotros somos de la misma opinión.

## MI AMIGO ARTURO

POR EL P. H. HOSTEN, S. J.

(Conclusión)



URANTE la enfermedad, nuestro pequeño teólogo solía decirse: «Quiero ser muy bueno, y así, cuando venga el señor Obispo, iré á su casa y le pediré que me administre el Sacramento que engendra á los fuertes...» ¿Comprendéis?...

¡Qué bien le cuidaban! Se le devolvían con creces las mil amabilidades que en otro tiempo prodigara. El Hermano Cigrang le traía bizcochos; otro día, los Padres—antes tan prudentes—se olvidaban hasta de sí mismos, y no vacilaban en guardarse furtivamente en el bolsillo las golosinas del jardín. Los chicos de la escuela le mimaban: traíanle juguetes, conversaban con él, y para divertirle le colocaban un espejo delante, y le preguntaban: «¿Quién es éste?—¡Arturo!» Miguel le prestaba la sábana; Raymundo, el cojo, sacrificaba su camiseta de lana... y fué preciso poner coto á aquellos hermosos actos de compañerismo, de lo contrario tantas generosidades nos arruinan. Lawrence le daba maíz tostado—¿y dónde lo encontraba el picaruelo?—y Pedro le hacía cigarrillos para que una ó dos chupadas le ayudaran á dormirse. La esposa del maestro le enviaba té con manteca y azúcar, y la esposa de Pablo, el cocinero, se desvelaba para servirle bien. Hasta Félix, un padre de familia á quien si le vierais nunca soñarais abrigar un corazón tan tierno, le enviaba tabaco; y

solíamos encontrarle algunos *paisás*, con los cuales compraba bombones á los pasteleros ambulantes, y los compartía amistosamente con Adolfo, diciéndole: «Toma: hemos de ser iguales tú y yo.»

No sabíamos rehusarle nada á Arturo. Se acercaba su fin y queríamos hacérselo lo más dulce y llevadero posible. No, que nadie me hable jamás de la ruda naturaleza del paharia. He estudiado su carácter y he visto cuanto tiene de bueno... Mariam, á quien Arturo daba el nombre de tía, acababa de salir de una grave enfermedad. La pobre tuvo valor para salvar la larga y escabrosa pendiente que la separaba de su querido Arturo. Encorvada y apoyada en el bastón, empleó dos horas en recorrer un trayecto de diez minutos. La entrevista fué conmovedora. «¡Chiama! ¡Arturo!» y lloraban como el más tierno niño, como la mejor de las madres.

El fin llegó mucho antes de lo que creíamos. El viernes último le dí la Sagrada Comunión, pero no observé ningún cambio notable en su estado. El domingo por la noche tenía mucha fiebre y deliraba. Pedía un sombrero, un pantalón, levita y zapatos para irse á pasear por el «bazar» como un señorito; pero los agentes de policía le daban miedo.

Esta mañana, después de la Misa, he ido á verle como acostumbro. Junto á él estaban el maestro y el catequista. «¡Se ha marchado, Padre!» me han dicho. —«¿Delira?—No, Padre; ¡ha muerto!» Yacía inerte. —«¿Y por qué no me llamasteis?—Cuando V. R. ha en-



trado acababa de expirar.» Tenía aún la frente caliente. Le dí una última absolución. Al empezar el Santo Sacrificio mi Angel bueno me inspiró la idea de encomendarle á las oraciones de los niños... ¡y no lo hice!... Confieso que obré mal. ¿Por qué asustar inútilmente á estos niños? me dije. ¡Arturo no empeora! Me pesa y propongo no volver.

Arturo había pasado la noche como siempre, sólo que estaba cada día más débil. Habíase despertado varias veces, y á eso de las seis, cuando se levantan los niños, había dicho á Pedro: «Pedro, mi corazón ya no está aquí. Mi Angel me llama.»

Los niños rezaron por él un *Via Crucis*. Dije por él, pero con seguridad que á otros aprovecharía. Los funerales de Arturo fueron muy conmovedores. La banda tocó y sus hermanos coristas cantaron tristes canciones. Le acompañé hasta el cementerio. Me habían pedido que oficiara, y no acepté por temor. Hubiera intentado pronunciar cuatro palabras edificantes, un breve panegírico... y la voz me hubiera faltado. No exagero. Cuando sacaron el ataúd de entre los ramos de flores y del paño mortuorio que lo cubrían, ¿qué ví? ¡Ultimo y cándido símbolo de su piedad infantil! Adornaban el ataúd las estampas que tenía en su libro de oraciones: estampas del Sagrado Corazón, de la Santísima Virgen, de los Santos Angeles, etc., etc. Las lágrimas nublaron mis ojos, y no me avergüenzo de ello. «¡Tontería, necia sensibilidad! dirá el incrédulo. ¿Qué te importaba este rapaz de ojos chinos?» ¿Qué me importaba? Responded vosotros, niños, y vosotras, madres, que me leéis. La muerte de este niño, precozmente sazornado para el cielo, me pareció una revelación, y me hizo exclamar: «¡Ojalá logre una corona como la suya!» La divina Omnipotencia comunica sus gracias á quien quiere. El espíritu de Dios las derrama donde bien le parece. Elige sus predilectos hasta en estas cimas perdidas en el reino de las nubes.

A mi amigo Arturo se le hicieron solemnes funerales. «Padre, observaba John de Britto cavando la sepultura, en la actualidad mueren muchos niños. Todo el mundo está enfermo. Acaban de morir dos niños paganos: uno ayer, el hijo del vaquero: el otro este mediodía. Hoy, á primera hora, diez hombres han venido á buscar al hijo del vaquero. Lo colocaron sobre una ta-

bla, cubierto con el sudario, y aprisa, muy aprisa fueron á enterrarlo en un rincón de la selva. No lo haremos así con Arturo; será muy otra la ceremonia.» Y John Britto miraba de reojo á su compañero de trabajo, un infeliz pagano que apenas sabía donde tenía la cabeza. «Sí, para Arturo, prosiguió John Britto, habrá música y vendrá mucha gente, y se cantará y se rezará por el eterno descanso de su alma, y se le comprará un ataúd. ¡Es mucho más hermoso morir el de los cristianos!» Pero el pagano le oía indiferente mirando las nubes. «Pase lo del ataúd, me dije, y levantando la voz: Bravo, John, tus argumentos me gustan.»

Ahora, caros niños que me leéis, dejad que añada un detalle que John de Britto no conocía. Estos dos hijos de paganos han muerto regenerados por la gracia del santo Bautismo. El Hermano Cigrang bautizó uno, y Pablo, nuestro cocinero, se improvisó catequista para bautizar el otro. ¿Y creéis que Arturo no influyó en ello?

Muchos años ha que desempeñamos este ministerio de bautizar infieles. Es un secreto, y no vayáis á contarlo á los paganos que nos rodean; podríais echar á perder nuestro negocio. En quince años el Hermano Didier bautizó ó hizo bautizar unas mil doscientas personas. El Hermano Cigrang continúa su apostolado. Centenares de madres nos traen sus hijitos cuando están en peligro de muerte: vienen en busca de remedios corporales, pero nosotros damos á estas tiernas criaturitas algo mejor que la salud del cuerpo. Todo esto, claro está, ocasiona algunos gastos: porque, ¿cómo desempeñar el papel de boticario sin tener, por lo menos, algunos frasquitos de medicina? Con vosotros contamos, caros lectores, para hacer fructificar como hasta el presente este género de apostolado: con vosotros, también, para sostener la escuela. ¡Ah! ¡No desperdiciéis la ocasión de haceros, para cuando estéis en el cielo, una brillante corona de angelitos rescatados á la esclavitud del paganismo! Desgraciadamente hay mucho paganismo en China; y mucho también en las pendientes de los Himalayas. ¡Absteneos de algunos caprichos, privaos de algunos gustos; que Dios nos enviará otros niños tan amables y tan piadosos como Arturo, nuestro llorado amiguito!

FIN.

## DESDE LA GUINEA ESPAÑOLA.—LA MISIÓN DE ELOBEY

(Conclusión)



La querella que contra dicho jefe tenían los *balengues*, era por la ocupación violenta que el citado Déchuma había hecho del territorio de los *balengues* al salir del río Utamboni, según queda dicho en otra parte, siguiendo una ley del más fuerte.

Como los *balengues* eran mucho más débiles que los *pámues*, no se atrevieron á oponérseles, por miedo de ser vencidos; y así no tuvieron más remedio que hacer una especie de contrato para vivir pacíficamente todos juntos.

Pasó algún tiempo sin que se alterara la paz entre

ellos. Mas, al fin, por motivo de caza, renováronse las querellas.

He aquí cómo:

En una de las cacerías lograron los *pámues* matar un grande elefante, muriendo, por desgracia, uno de ellos en la encarnizada lucha con el fiero animal.

Por ser de los *balengues* el territorio en que tuvo lugar la cacería, diéronles uno de los colmillos; y el otro lo vendieron, repartíéndose su valor entre los cazadores.

Todos, al parecer, estaban ya satisfechos; pero, al cabo de diez ó doce meses próximamente, se acordó al



jefe de los *pámues* que la familia del infortunado hombre muerto por el elefante no había percibido un céntimo del colmillo vendido, á pesar de haber sido la más perjudicada. Esto, unido á que el citado jefe se creía ya como rey de los *balengues*, por haberles usurpado todo el territorio y á quien estaban sujetos poco menos que si fueran esclavos, envalentonó tanto á este hombre inhumano, que, contra toda justicia, exigió de los pobres *balengues* que le entregaran 250 pesetas por el colmillo que el año anterior les había entregado, con el fin de darlas á la familia del muerto en la lucha con el elefante.

Como era natural, fué muy grande la indignación que tal demanda produjo en los *balengues*; tanto más que les era materialmente imposible entregar la suma que se les exigía; y así daban largas al asunto.

Indignado nuestro jefe, al ver que no se le entregaba la cantidad ni el colmillo, determinó salir con la suya; y al efecto, comenzó por robar cuantos cayucos y demás objetos que tenían los infortunados *balengues*, sin que éstos pudieran oponerle la menor resistencia.

Viéndose, por fin, tan injustamente desposeídos de sus haberes, resolvieron presentarse al subgobernador de Elobey en demanda de protección. Recibióles éste con mucha amabilidad, y les dió palabra de protegerles.

No obstante, como á la sazón no había en este subgobierno medios suficientes para hacer justicia con fuerza armada, no se podía proceder sino por vías pacíficas y amigables.

Conocedores los *balengues* de la situación, expusieron al señor Subgobernador la gran confianza que ellos tenían en los Padres misioneros, y que por lo mismo auguraban la seguridad de salir victoriosos si los Padres fueran los intermediarios; más que más, añadieron, que les constaba el grande respeto y cariño que les tenían los *pámues*, y muy particularmente el citado jefe.

Accediendo gustoso el Subgobernador á esta demanda, llamó sin demora al reverendo Padre Superior de la Misión; y después de haberle referido todo lo sucedido, le preguntó si abrigaba la esperanza de arreglar amistosamente aquella cuestión.

Difícil era la propuesta que se le hacía, pues conocía perfectamente el carácter belicoso y arrogante del jefe *pámue*. Pero, lleno de santo celo por la gloria de Dios y por la salvación, paz y armonía de aquellos indígenas, prometió al señor Subgobernador que haría todo lo posible para hacer las paces entre los beligerantes.

Complacido el Subgobernador de la respuesta del misionero, dióle amplias facultades para que, en su prudencia, arreglase la cuestión; añadiendo que si lo llegaba á conseguir le quedaría sumamente reconocido, máxime si lograba convencer al jefe que entrara en relaciones amistosas con el Subgobierno.

Deseando el Padre misionero cumplir cuanto antes su ardua empresa, hízose á la vela con rumbo á Bouche; y puesta toda su confianza en Dios, cuyo es el mover los corazones de los hombres, tuvo el consuelo, ya á su llegada, de ser muy bien recibido por el mismo citado jefe y todo su pueblo.

Cambiados los saludos de costumbre, manifestóles el

objeto principal de su visita; y después de haberles asegurado que venía tan sólo para arreglar amigablemente la *palabra* que tenían con los *balengues*, les exhortó á que depusieran todo el miedo que tenían al Gobierno, pues le había dado amplias facultades para hacer justicia y dar la razón á quien la tuviera, pero siempre por la vía pacífica.

Como observara el Padre misionero que nuestro jefe escuchaba cuanto le decía con visibles muestras de agrado, le manifestó sin rodeos la conveniencia de que se presentara él mismo al Subgobernador, asegurándole al mismo tiempo que no tuviera el menor recelo de ser molestado por cosa alguna, ni siquiera por las fechorías que en otro tiempo había cometido, y por las cuales hacía mucho tiempo que no se acercaba á Elobey.

Fué tanta la confianza y seguridad que estas palabras causaron en el ánimo de este hombre, que no sólo le dió palabra de ejecutarlo, sino que desde luego se preparó para ir juntamente con el Padre misionero. Lo cual parece increíble, dada su altivez y arrogancia y sobre todo el miedo que tenía al Subgobierno.

Al ver el Padre misionero que sus palabras habían sido tan eficaces para mover la voluntad de aquel jefe, cobró alientos para ultimar la difícil comisión que se le había confiado; y así, díjole resueltamente que, si deseaba dar una prueba fehaciente de sumisión al Subgobierno, era de todo punto necesario que antes de ir á presentarse diera libertad á dos hombres de la tribu *balengue* que tenía presos, y que, además, les devolviera todos los cayucos y otros objetos que les había robado.

Y ¡quién lo creyera! Tan pronto como oyó estas palabras, dió orden que se diera libertad á los presos y que se devolviera á los *balengues* todas sus cosas, tal como lo había dicho el Padre misionero; todo lo cual se verificó al momento con grande asombro de los indígenas que lo estaban presenciando.

Terminada felizmente la cuestión y hechas ya las paces del modo que deseaba el Padre misionero, regresó á Elobey acompañado del susodicho jefe.

Luego de haber llegado fueron á presentarse al Subgobernador, el cual los recibió con la mayor atención y afecto; además, según había dicho al Padre misionero, les manifestó lo mucho que se alegraba por el feliz éxito que se había obtenido, y, sobre todo, por ver al jefe tan sumiso y respetuoso para con él, lo cual le causaba grande satisfacción.

Viendo nuestro hombre la sencillez y cariño con que les había recibido el Subgobernador, quedó tan contento y satisfecho, que al despedirse díjole para expresarle su gratitud y afecto:—«Señor Subgobernador, V. ha de venir á visitar nuestros pueblos, porque nosotros conocemos mucho á los Padres, pero no al Gobierno.»

De esta manera tan pacífica terminó esta cuestión entre *balengues* y *pámues*, la cual, á no haber intervenido la benéfica influencia del misionero, hubiera causado sin duda muchos disgustos á los representantes de España.

Ni se crea ser estas las únicas ventajas materiales que se reportan en la Reducción *Claret*. En efecto:

Hoy se presenta uno de los jefes principales acompañado de los de su pueblo para visitar al Padre misio-



nero. Y ¿adivinaría el lector cuál es el objeto principal de esta visita? El obtener una porción de semillas, como café, algodón, cacao, etc., para sembrarlas en su pequeña finca ó heredad. Mañana viene otro, y lo primero que hace al llegar á la Reducción es mirarla por



M. R. P. AUGUSTE LAVILLARDIÉRE, QUINTO SUPERIOR GENERAL DE LA CONGREGACIÓN DE LOS OBLATOS DE MARÍA INMACULADA.—Reproducción directa de fotografía.

todas partes muchas veces, y luego, dirigiéndose al misionero, le dice:—«Padre, ¿qué le parece á V.? ¿Podría hacer yo también una casa como ésta?» Y, al oír una respuesta afirmativa, se llena de entusiasmo, el cual dentro de poco tiempo se traduce en obras, haciéndose una casa á la europea.

Y he ahí á estos indígenas sacudiendo ya su innata pereza, merced á la poderosa influencia que entre ellos ejerce el Padre misionero.

¡Bendito sea Dios que tan visiblemente se complace en dar eficacia á la palabra de sus enviados!—Amén.

#### Conclusión

Carísimos lectores: Hemos llegado ya al término de la relación histórica de seis Reducciones á cargo de la Misión de Elobey, á saber: las de *Elobey Grande*, *Belén*, *Noya*, *San José*, *Bouche* y *Claret*. Mi mayor gusto sería continuar historiando otras de más reciente fundación. Pero el excesivo trabajo que por una par-

te me tiene ocupado, y por otra el no gozar de tan buena salud como desearía, hace que por ahora no pueda verificarlo.

Por las ligeras notas que quedan apuntadas se comprenderá fácilmente que, á ser muy frecuente y mejor, constante é inmediata la influencia de los misioneros entre estos indígenas, dentro de muy pocos años sería muy grande la transformación y progreso que, con la gracia del Señor, se verificaría en la mayoría de ellos hacia la verdadera civilización. De donde resultaría que los miles y millares de seres desgraciados que hoy viven una vida casi *nómada*, andando errantes y diseminados por estos bosques impenetrables, sin otra habitación que una pequeña choza y cuya ocupación principal es, después de haber talado el bosque necesario para hacer sus fincas, la *caza* y *pesca*, cuando no la... *hol-gazanería*, llegarían á reunirse en núcleos de población, que pudieran ser muy útiles para la Religión y para la madre Patria.

Y si es cierto que para el logro de tan laudable obra se necesita mucha actividad y abnegación por parte de los misioneros, lo es igualmente que pueden ayudarles muchísimo todas aquellas almas caritativas que desean eficazmente la conversión de estos pobrecitos infieles.

Y ¿con qué se les puede ayudar?

Con dos cosas principalmente: con oraciones y limosnas.

En cuanto á las oraciones no hay duda que todos, así los ricos como los pobres, pueden usar de este poderosísimo medio.

Y ¿qué diré respecto de las limosnas? ¿Habría por ventura quien no entregue una limosnita para contribuir á una obra tan meritoria como es la conversión de los infieles?

Esta es, pues, la gracia, amados lectores, que de todos esperan recibir estos mis queridos morenitos. ¡*Por amor de Dios una limosnita!*

Y para que sepan mejor las cosas que se necesitan, he aquí la siguiente:

#### LISTA DE OBJETOS PARA CADA REDUCCIÓN

Una imagen, de un metro de alto, del Sagrado Corazón de Jesús ó de la Santísima Virgen del Pilar ó de Montserrat ó del Sacratísimo Corazón de María ó del glorioso Patriarca San José, etc., etc., un crucifijo para el altar, una ara para el altar, un juego de sacras, un cáliz, un copón y unas crismas, una custodia sencilla, un misal con su atril, unas vinajeras y una campanilla, manteles para el altar, purificadores y lavabos, corporales, hijuelas y palias, amitos, albas, cíngulos, manípulos y estolas, dos juegos de casullas, en esta forma: una con los colores *blanco* y *encarnado*, y otra con el *negro* y *morado*, y á ser posible con galones de *seda*, por ser más duraderos que los de *plata* y *oro*, dos pares de candeleros grandes y dos pequeños, un *Via Crucis*, una campana bien sonora, para que se oiga desde muy lejos. Y, finalmente, todos aquellos objetos piadosos que tanto contribuyen para fomentar la devoción, como medallas, cuadros, rosarios, escapularios, cruces, etc., etc., todos los cuales son muy acariciados de estos morenitos.

Estos son, queridos lectores, los objetos más princi-

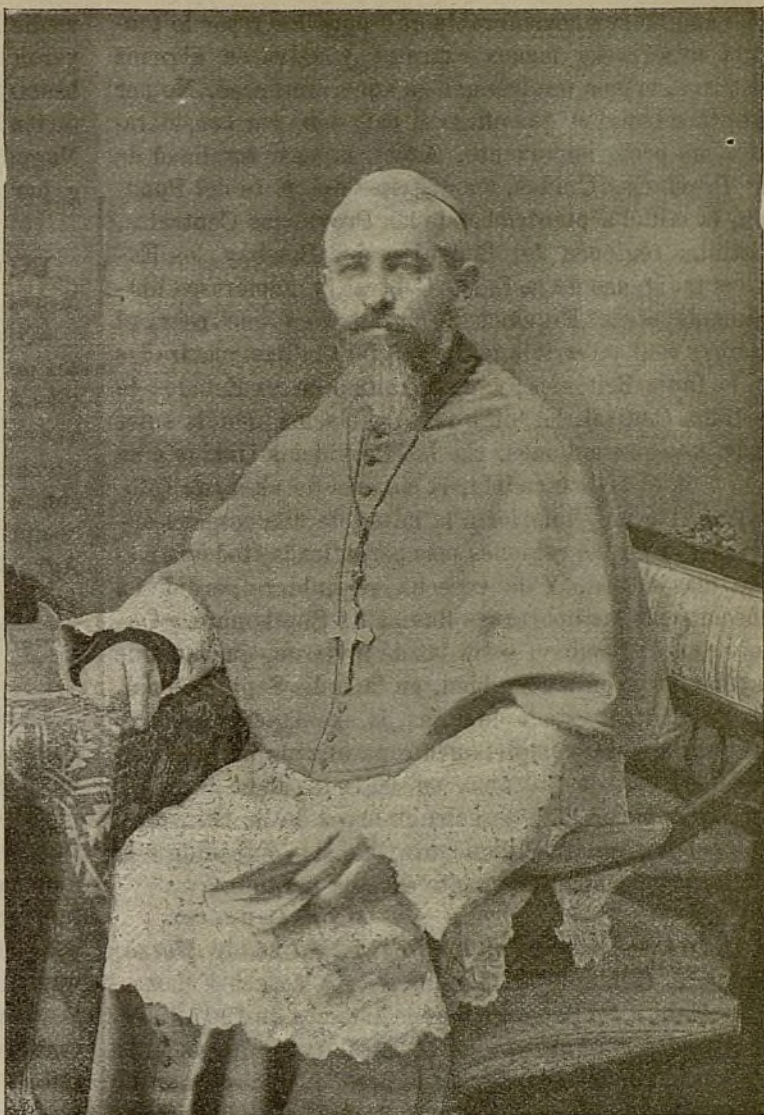


pales que, para las Reducciones de Elobey, pide humildemente y espera recibir de las almas generosas el que suscribe. ¡Oh, y qué alegría tan grande van á tener estos pobrecitos indígenas el día que oigan las argentinas voces de una campana ó vean una preciosa imagen de la Virgen Santísima! ¡Cómo preguntarán al instante por el nombre del bienhechor!

Creo del caso advertir que para facilitar el envío de las cosas indicadas ó de otras que les suscite la caridad, como limosnas en metálico, ropas, aunque sean usadas, mueblaje, utensilios, etc., etc., pueden dirigirse al reverendo P. Ramón Fluvía, en Barcelona, calle de Ripoll, 25, 2.º, ó también á cualquiera de los reverendos Padres Misioneros Hijos del Sagrado Corazón de María, residentes en las diferentes provincias de España, Portugal, América y Chile.

¿Qué más? No quiero poner punto final á estas cuartillas sin dirigir antes una palabra de *gratitud* á todas las personas caritativas que con sus oraciones y limosnas han contribuido hasta la fecha, y contribuirán en lo sucesivo, á la conversión de los infieles de la Guinea Española.

¡Gracias! ¡mil gracias! ¡oh almas verdaderamente generosas! que, impulsadas por aquel fuego sagrado que vino á traer á la tierra el Divino Corazón de Jesús, cooperáis á una obra tan grande de caridad como esta. Perseverad socorriendo á tantos pobrecitos indígenas que viven en medio de estos bosques en el más vergonzoso salvajismo, y no dudéis de la regalada promesa de nuestro adorable Salvador, que dijo: «Ven, bendito de mi Padre, á poseer el reino que te tengo preparado; porque tuve hambre, y me diste de comer; desnudo, y me cubriste... Pues lo que hiciste por uno de mis pequeñuelos, por Mí lo hiciste...» La consecución de esta prome-



MONS. STEINMETZ, DE LAS MISIONES AFRICANAS DE LYON, VICARIO APOSTÓLICO DEL DAHOMEY.—Reproducción directa de fotografía.

sa os desea de todo corazón vuestro afectísimo en Jesús y María,

GABRIEL MARTÍ, C. M. I.

## EL HAMBRE EN LAS INDIAS

**C**ONSIDERADA en conjunto, la situación actual es como sigue: Las malas condiciones climatológicas de estos últimos tiempos han hecho subir los cereales, arroz, trigo, etc., á precios en realidad inaccesibles para muchos indígenas, pues son tan pobres, que á duras penas pueden satisfacer las más estrictas necesidades de su familia. Con una rupia, el indígena, en tiempo ordinario, compra unas 27 medidas de arroz. Actualmente, con la misma cantidad, sólo puede comprar 6 á 8 medidas. Esto es, pues, si no el hambre absoluta, por lo menos horrible miseria, tan completa que muchos ni tienen qué comer. Es la miseria precursora de toda suerte de enfermedades, y que deja á estos infelices indígenas sin fuerzas para resistir; para muchos esto es la muerte de inanición.

A continuación damos algunos extractos del informe publicado semanalmente en Londres y redactado de conformidad con los despachos del Virrey. Nuestra traducción es fiel y exacta en los informes redactados en francés.

16 de Abril de 1908.

INDIA.—El 20 de Marzo en una reunión del Consejo Legislativo del Virrey, el Ministro de Hacienda, al presentar su presupuesto para 1908 1909, pronunció el siguiente discurso:

«El hecho dominante del presupuesto actual, es el hambre que ha invadido gran parte de la India Septentrional y otras regiones vecinas. El monzón (1) durante el otoño de 1907 fué semejante al de los años 1896 y 1899; pero en cambio la falta de lluvias ha sido

(1) Viento periódico que sopla en algunos mares, particularmente en el Océano Indico, unos meses en una dirección y otros en la opuesta, originando corrientes de agua.



este año menos considerable que aquéllos y por lo tanto la miseria es menos extrema, y salvo en algunos distritos, menos terrible que en aquel entonces. No por esto la calamidad que aflige el país debe ser considerada como poco importante. Azota la casi totalidad de las Provincias Unidas, los distritos del Este del Pundjab, la mitad septentrional de las Provincias Centrales, distintas regiones del Bengala y del Bombay, los Estados indígenas de la India Central, y numerosos distritos de otras Provincias. El área en que reina el hambre real y terrible mide 118,000 millas cuadradas en la India Británica; y unas 15,000 en los Estados de la India Central. El total de la población que la sufre suma unos 49 millones. En las Provincias Unidas y en casi toda el área invadida, la cosecha de «kharif» (otoño) ha sido muy inferior á la mitad de una cosecha ordinaria, y en las regiones más perjudicadas todavía mucho más escasa. Y la cosecha se hubiera perdido en absoluto sin las oportunas lluvias de Septiembre y Octubre en el Bombay, y sin las de invierno, que aunque tardías hicieron mucho bien, en la India Septentrional. Dado el actual estado de cosas, la exportación de trigo ha quedado casi completamente paralizada por los elevados precios que alcanza en la India dicho cereal, y una gran parte de la cosecha de arroz de la Birmania, que por fortuna fué abundante, ha sido expedida á la India para compensar cuanto ésta ha perdido.»

30 de Abril de 1908.

INDIA.—Dice así el informe, fecha 26 de Marzo, que da el Gobierno de la India de las cosechas llamadas «Kabi,» del Bengala, para la estación de 1907-1908:

«Carácter de la estación.—La falta del monzón ha impedido el que se sembrara la área que acostumbra, y la sequedad del terreno ha influido en el desarrollo de la cosecha. Las primeras lluvias no vinieron hasta

mediados de Diciembre; durante Enero y Febrero cayeron también algunas, y, aunque ligeras, mejoraron bastante los campos, especialmente en el Bihar. La estación ha sido pésima en el Bajo Bengala y en el Chota Nagpur; y dista mucho de haber sido buena en el Bhagapur y en los departamentos de Patna.»

7 de Mayo de 1908.

INDIA.—Extracto del *Daily Telegraph* del 2 de Mayo:

«Ningún cambio material en las condiciones causantes de la actual miseria, puede ocurrir antes de las lluvias del monzón, en Junio ó Julio. Puede decirse que el área víctima de la sequía, de la mala cosecha y de los precios imposibles mide unas 15,000 millas cuadradas, con una población de cerca 50 millones de almas, y comprende, la totalidad de las Provincias Unidas de Agra y Ondh, algunas de los Estados indígenas de la India Central y del Radjputana, y parte de Punjab, del Bengala, del Bombay y de las Provincias Centrales.»

14 de Mayo de 1908.

INDIA.—El Secretario de Estado para la India ha recibido del Virrey el despacho siguiente, fechado el 11 de Mayo:

«Excepto en Madras, Bengala Oriental y Assam, esta semana ha llovido poco en la India. En las Provincias Unidas ha aumentado en 22,000 el número de los individuos ocupados en trabajos de socorro, pero esto sólo en determinados distritos, tendiendo á disminuir el número de los que reciben socorros gratuitos. Atendida la proximidad de la época del cultivo, se procura que los trabajos populares sustituyan los grandes trabajos públicos. En las demás provincias, la situación no ha variado; pero aumenta la demanda de socorros. En Orissa es donde este aumento ha sido más considerable.»

## HOMENAJE Á LOS MISIONEROS



En un discurso pronunciado por el señor D. Arturo Verhaegen, en la Cámara de Representantes, durante los recientes debates sobre la anexión del Congo, entresacamos los siguientes párrafos, en los cuales el orador estudia el papel de los misioneros en la colonización de un pueblo. Al exponer el secreto de su influencia, tributa un homenaje elocuente á todos los misioneros belgas.

«El conocimiento de la verdad, de la verdad científica y de la verdad moral y religiosa, el respeto á la vida, á la dignidad humana, á la mujer y al niño, la caridad, la solidaridad y el sacrificio de sí mismo, en una palabra, el conocimiento de todo cuanto ha hecho la grandeza y esplendor de los pueblos de Europa se debe enseñar á los negros. Para ello el concurso de los funcionarios, magistrados, ingenieros y oficiales, por distinguidos que sean, es insuficiente en absoluto. Precisa el de los misioneros, estos hombres y mujeres privilegiados que, movidos por fines sobrehumanos, dejan su patria y su familia y se consagran á los bárbaros

con la sonrisa en los labios, prontos á dar la vida por ellos, rebosante el corazón de amor y caridad.

«El secreto de la influencia de los misioneros está compendiado en estas palabras de uno de ellos, que acaba de volver al Congo, haciendo caso omiso de su quebrantada salud: «Dejadme partir, Padre, decía á su Superior; amo demasiado á mis negros para que pueda vivir lejos de ellos.»

«Sabéis la conducta de los misioneros en el Congo belga: se ocupan de la niñez, y tienen sobradas razones para ello.

«Antes que las groseras costumbres y creencias de los indígenas hayan impreso en los niños su mancha indeleble, los misioneros forman con ideas cristianas sus tiernos corazones y sus jóvenes inteligencias. Instruyen á sus alumnos, les inspiran amor al trabajo, les enseñan toda suerte de oficios y los desvían—llegada la hora—de la poligamia, ayudándoles á formar hogares cristianos. Hacen de ellos honrados trabajadores, en los cuales la confianza en el misionero es la más segura garantía del progreso. Así se forma un Africa nueva, á la cual sin avergonzarnos podremos dar el nombre de Congo belga.



«Nada más notable que los resultados obtenidos. Todos los belgas deberían estar de acuerdo para oponer las obras civilizadoras de los misioneros á los abusos señalados, ya que estas obras dan gloria á Bélgica.

«Nada más sorprendente que la popularidad que gozan los misioneros en el Congo.

«¡Ah si los negros supieran escribir! ¡qué protestas de gratitud y afectuoso respeto nos legarían en favor de los misioneros!

«Las Misiones católicas en el Congo belga cuentan actualmente 223 sacerdotes y Religiosos y 102 Religiosas, distribuidos en 73 residencias. Estos 325 misioneros están encargados de 104 escuelas, 575 capillas, 24 orfanatos, 21 hospitales y 20 dispensarios. Han civilizado y convertido al Catolicismo más de 26,000 indígenas y cuentan más de 60,000 catecúmenos.

«Estos datos recentísimos debo agradecerlos al reverendo P. Vermeersch.

«Ya llamé la atención de la Cámara cuando la interpelación de 1906, si mal no recuerdo, sobre la pequeña ciudad de Boduiville, cabe el lago Tanganika, fundada por un celoso Obispo belga, hijo de un humilde campesino de Flandes, el Ilmo. Sr. Roelens, ayudado por los Padres Blancos.

«Boduiville cuenta 2,500 habitantes, todos cristianos fervorosos: cultivan las 5,000 hectáreas que forman la concesión, y ganan bastante más de lo que les pre-

cisa para vivir. También en otra ocasión dí cuenta á la Cámara de los centenares de capillas-granjas fundadas por jesuitas y por otros misioneros, y que son otros tantos centros de propaganda científica, por lo que concierne al mejor cultivo de la tierra, al mismo tiempo que focos luminosos de donde irradia la verdadera luz de la civilización cristiana.

«Ante ellos nuestro patriotismo puede detenerse con orgullo. Aquí el honor del nombre belga brilla inmaculado con deslumbradores destellos. Los múltiples servicios prestados á la humanidad son indiscutibles é indiscutidos.

«Los belgas, sin distinciones de partido, y cuantos extranjeros han visitado el Congo, proclaman la heroica abnegación, el desinterés, la inteligencia y la habilidad de los misioneros, á la par que sus sentimientos patrióticos. Hasta el último Libro blanco, tan duro y nefando para la administración actual de la colonia, contiene un entusiasta elogio de los Padres Blancos, á quienes ha tratado el vicecónsul Beak. No quiero citar aquí otros francos elogios tributados á los misioneros. Todos los conocéis.

«Bélgica posee, pues, un medio eficaz para entronizar rápidamente la civilización cristiana entre los indígenas. Este medio, que es á la vez el más sencillo y el más económico, consiste en confiar la empresa á los misioneros.»—(*Sesión del 25 de Abril de 1908*).

## EN BUSCA DE LOS DIOSES INDIOS

**U**NA hermosa mañana antes que el astro del día inundara con sus resplandores el cielo del Maduré, emprendemos la marcha. Y en cuanto el astro rey ha tenido la bondad de secar con sus ardientes rayos el rocío de la mañana, saltamos con armas y equipajes en medio de los altos matorrales: debemos ganar el torrente á toda costa. Sin duda que no estará seco; pero no importa: si nos mojamos el sol cuidará de secarnos. Andamos tranquilamente, sin preocuparnos de hoyos ni de rocas, y sin hacerles caso ni á las traidoras caricias de alguna zarza escondida ó de alguna rama poco amable. Primera impresión, este matorral debe ser la vivienda de todos los chacales del vecindario: verdaderamente no tienen mal lecho, y las huellas de su paso son numerosas; pero, como nos anunciamos de lejos... ni verles logramos. Bueno, no vaya á creer el lector que nos entusiasman estos encuentros, y muchísimo menos según y cómo hubieran sido. ¡Qué será, pues, en Bengala, donde tienes siempre al tigre pisándote los tacones!

Por fin llegamos al torrente agazapados como los conejos. Aquí hay muchos árboles, un bosque; en él cobramos ánimo para resolvernos á buscar el cauce salvaje del arroyo, lo cual es mucho más difícil de lo que á primera vista parece. En realidad, el tal arroyo no es otra cosa que una sucesión de cascadas, unas á veinte ó treinta metros de las otras.

Llegados á la cumbre de estas cascadas, creíamos terminada la jornada, cuando descubrimos providen-

cialmente algo como una escalera, fabricada sin duda por mano de hombre—su vista, en el corazón de la selva, nos hace sentir la sensación del misterio,—allí donde nadie ni siquiera había oído hablar de habitantes ni de habitación. Además, los alrededores eran extraños: soberbios árboles, con seguridad viejos como nuestro padre Adán, adornados con lianas que, tendidas de unas á otras ramas y de uno á otro árbol, semejaban inmensas guirnaldas que hablaban de fiesta. Nos acercamos... y descubrimos un templo de ídolos, no ya un altar, como se suele ver por todas partes, sino un grandioso templo en parte arruinado. Entramos en el primer recinto, una sala cuadrada de seis á siete metros de lado. Las paredes apenas miden un metro de altura. En el centro de la sala se eleva un pedestal sobre el cual había un poste de madera, actualmente caído sobre el muro. Parece que el poste sostiene un farol, que indicará sin duda que el dueño del lugar es el Príncipe de las tinieblas. De allí pasamos á una segunda sala cuadrada de las mismas dimensiones. Hay aquí otro pedestal, mayor y en mejor estado que el primero, sostiene un dios,—á lo menos así hay que creerlo, porque tiene delante una gruesa piedra para recibir sacrificios.—Este dios es una piedra que recuerda lo que yo llamo en geometría un «círculo cuadrado:» la figura de la contradicción para cuantos sepan un poco de lógica, ó, para describirlo con más precisión, media esfera colocada entre dos cuadrados, uno encima y otro debajo. Pasemos adelante. Subimos algunos peldaños y llega-



mos á una plataforma. Aquí hay numerosas piedras para recibir ofrendas y dos dioses, probablemente de la clase inferior. El uno es una especie de gato ó perro ó tigre, ó lo que queráis, tranquilamente tendido en la entrada de la sala inmediata; su aspecto no es muy terrible, dado su talle: treinta centímetros de largo. Al abrigo del muro está el otro dios, una serpiente boa. Los dos, aunque de humilde apariencia, tienen también su plato para recibir ofrendas.

Por fin entramos en la primera construcción cubierta, que sucede á los dos recintos visitados. A la izquierda, firme como un militar, vemos una Diana que parece guardar la entrada de la habitación inmediata, donde un rollizo señor nos espera: muy posible es que esta diana sea un guardia urbano de aquellos tiempos, ¡quién sabe! Sin embargo, en honor de la cultura de aquel entonces, debo declarar que la tal Diana nada tiene de indecente, al contrario, muy recogida y reverente junta las manos... ¡esto excita la devoción! ¡Humillaos ante el santuario! En el fondo, el gigantesco dios parece dar muestras de impaciencia: entramos sin llamar, aunque inclinando la cabeza... para no dar contra el techo. A uno se le ocurre si debe prosternarse en presencia de señor tan descomunal; pero nosotros mil veces preferiríamos seguir el ejemplo de Sansón, ¡destruir el templo! Hay luz sobrada para examinar el misterio del trono, pues el techo en parte tomó las de

Villadiego, y en parte también cayó contra los muros y hasta... ¡quién sabe si contra la cabeza misma de Satanás! Debió librarse una batalla en el infierno, y el dios Viento tomaría cartas en el asunto. El tronco centenario de un árbol carcomido no pudo resistir á la tentación de echarse sobre las espaldas del extravagante dios que cobijaba, manera práctica de darle á conocer que ya había envejecido y que su tiempo ha pasado. El, sin embargo, continúa sentado en su trono, en el cual han practicado una canal para recibir las... deyecciones de vaca: con ellas, dícese, hacen tortas para... los peregrinos. Este ídolo no se sabe si es bestia ú hombre. Brazos y piernas las tiene de hombre; pero no así el vientre; ni reuniendo los de cuatro hombres gordos igualarían al que él luce, es verdaderamente de animal; cabeza puntiaguda y adornada con una trompa de elefante... ¡Cómo siente uno deseos de hacerlo pedazos!... En fin, para algo es el dios de la abundancia.

Todo esto está perdido entre los matorrales; antes levantábase aquí una población algo importante, cuyas ruinas hoy cubren las hierbas—sin embargo parece que los indios todavía vienen de vez en cuando á adorar á estos dioses, aunque sin preocuparse de la apurada situación de lo que fué templo...—Rogad al Señor se apiade de esta pobre India, juguete y esclava de Satanás.—(*Carta del R. P. Teófilo Lambot*).

(*Echo des vacancees de Sembaganur*).

## PREFECTURA APOSTÓLICA DEL CHOCÓ (COLOMBIA)



A Santa Sede Apostólica, compadecida del gran número de infieles que habitan el extensísimo territorio del Chocó, en la República de Colombia, ha resuelto crear, con fecha del 28 del último Abril, una nueva Prefectura Apostólica para atender al supremo bien de aquellos infelices y encomendarla á los Misioneros de la Congregación de Hijos del Corazón de María. En este decreto de erección, tan honroso para nuestro Instituto, tan beneficioso para Colombia y doblemente simpático á todo español, porque á españoles se encomienda la jurisdicción espiritual sobre territorio antiguamente á españoles sujeto, se fijan también los límites de la mencionada Prefectura y se nombra primer Prefecto Apostólico del Chocó al reverendísimo P. Juan Gil y García, actual Superior de los Misioneros de nuestra casa de Plasencia. Todo nos convida hoy á dirigir nuestras miradas á Colombia y enviar un saludo á aquellos pueblos que hayan de pisar nuestros misioneros.

Soberbia y majestuosa se presenta Colombia á la vista del espectador. Elevadas cordilleras, inquietos volcanes y caudalosos ríos han hecho de la República Colombiana la más interesante de las repúblicas iberoamericanas y la más famosa por su feracidad y riquezas naturales.

Situada al N. E. de la América meridional, limítanla

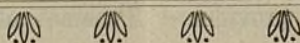
el Panamá y el mar de las Antillas al Norte; Venezuela y el Brasil al Este; al Sur, el Ecuador, y el Océano Pacífico al Oeste. Los Andes la atraviesan y dividenla en tres ramales: cordillera Occidental ó del Chocó, Central ó de Quindío y Oriental ó del Sumapaz.

Estas divisiones naturales debieron guiar al señor general Reyes para la propuesta que hizo de la nueva división territorial, política y administrativa á la Asamblea Nacional Constituyente y Legislativa de 1905. Después de laborioso y detenido estudio, que honra al integérrimo católico General, quedó dividido el inmenso territorio colombiano de 1.206,200 kilómetros cuadrados, con cuatro millones y medio de habitantes, en quince departamentos, tres intendencias nacionales y un distrito capital, que se subdividen en provincias y municipios.

Todo el país está dividido en tres zonas: la tierra caliente, la templada y la fría, y correspondiendo á ellas el clima es sano y templado en las mesetas, frío en los páramos y cálido y mal sano en las costas. La vegetación es exuberante, produciéndose las frutas de todos los climas. La fauna es numerosísima y hermosa.

La población de Colombia ha heredado más que otras, las cualidades de los españoles y camina hoy á la prosperidad merced al general Reyes, el Porfirio Díaz de aquella República hermana.

P.





ENRIQUE SIENKIEWICZ

# LOS CABALLEROS TEUTONICOS

(Continuación)

*Con aprobación de la Autoridad eclesiástica*

—Sí, señor.

—Está bien. Dí á Diederich que venga con una linterna y que espere hasta que yo vuelva. Que traiga, asimismo, un caldero con algunos carbones... ¿Está iluminada la capilla?

—Arden cirios alrededor del ataúd.

Sigifredo se puso el manto y salió.

Una vez en la capilla miró en torno de sí para asegurarse de si había alguien, y, después de cerrar con cuidado la puerta, se acerca al ataúd. Durante unos instantes permanece inmóvil contemplando el rostro de Rogerio, desfigurado por la muerte, pero á pesar de ella hermoso. Luego se pone de rodillas, sus labios no se movían, no oraba. Mas de súbito, en medio del lúgubre silencio de la capilla, resuena el eco de su voz, baja pero clara é inteligible:

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío!

Y calló como si esperase una respuesta.

—¡Hijo mío! repite al cabo de breves instantes.

En seguida con tono suplicante, con voz desgarradora, trágica, exclama:

—¡Hijo mío, oye mi ruego, escucha mi clamor! ¡si estás aquí, si puedes oír, hazme una señal cualquiera, dame á entender que me oyes, porque mi corazón no puede contenerse dentro de mi pecho!...

—¡Te he querido con toda el alma! continuó fijando su mirada de buitre en el cadáver, ¡te he amado con todo mi corazón! ¡Tú eras toda mi vida!... Y he aquí que te veo muerto, y yo me quedo solo, ya no tengo á nadie... Y un niño, un niño—decías tú—fué quien te mató... ¡Oh suerte impía!... ¿Por ventura nos ha abandonado Aquel á quien he servido fielmente toda mi vida?...

Y esperaba todavía ansioso, los ojos huraños, el rostro aterrador, aquella respuesta que no venía...

Por fin se levanta, y dice con voz sombría:

—¡Bah! ¿cómo ibas á responderme? ¡Si estás herido... y exhalas hedor de cadáver!... ¡Mas ya que no puedes hablar, escúchame! Voy á decirte algo muy interesante...

En seguida se inclina sobre el cadáver, y cuchicheando:

—¿Recuerdas que prometimos al capellán no rematar á Iurand?... Pues, bien, no le remataremos... ¡Mas... espera un poco... verás! Yo sabré vengarte y regocijarte...

Dichas estas palabras se aleja del ataúd y vuelve á la estancia que había abandonado un momento antes.

Allí le esperaba el verdugo Diederich.

Era este hombre corpulento, si bien de pequeña estatura, cabeza cuadrada y expresión de bestia. Cubría su cabeza con negro capuchón é iba vestido

de caftán de piel, ceñido con cinturón, del cual pendían un manojo de llaves y encima un cuchillo. Tenía en una mano la linterna y en la otra el caldero...

—¿Está preparado? le pregunta el anciano.

El hombre hizo una profunda inclinación.

—Te había dicho que traieras carbones...

Por toda respuesta el verdugo se aproxima á la gran chimenea, donde habían numerosos tizones, toma algunas brasas encendidas y las pone en el caldero que tenía en la mano.

—¡Escucha, perro! Aun cuando eres mudo, sabes contarle todo por señas al capellán. Te prevengo, pues, que si le cuentas lo que vas á hacer ahora, te mando ahorcar.

El hombre se inclina de nuevo.

—Y ahora llévame donde está Iurand.

Después de haber atravesado un pequeño patio, el caballero y el verdugo se encontraron en profundo subterráneo dividido en varias cuevas, en las que se encerraba á los prisioneros, y de las cuales Diederich tenía las llaves.

La llave crujió en la cerradura del candado, y un instante después Sigifredo de Löwe apercibió á la luz de la linterna al desgraciado Iurand tumbado sobre la paja. Sus pies y manos estaban ligados con gruesas cadenas, y llevaba la misma camisa de crin que le había puesto el día de su llegada á Ortelbourg.

Agachado en el suelo hacía el efecto, en la obscuridad, de enorme trozo de roca más que de humano ser.

Sigifredo se acerca al prisionero, le mira durante breves instantes en silencio, luego volviéndose al verdugo:

—Ya ves que no le queda más que un ojo, quémaselo.

Diederich se inclina sobre Iurand, y un momento después el desgraciado caballero estaba ciego...

Era tal la resistencia de que Iurand estaba dotado, que durante la terrible operación del verdugo no exhaló ni una queja... Apretando los dientes permanecía inmóvil como una piedra; sólo el movimiento de su bigote, que se levantaba indudablemente á impulsos del dolor, indicaba que debía sufrir como un mártir.

Sigifredo de Löwe le contempla durante algún tiempo, y dice:

—Te se ha prometido que saldrías de aquí vivo, y cumpliremos nuestra palabra... Mas á fin de que ya no puedas en adelante hablar mal de los Caballeros Teutónicos, contra los cuales has blasfemado toda tu vida, te arrancaré la lengua.

Hizo luego seña á Diederich, quien, arrodillán-



dose sobre aquel gigante, puso manos á la obra...

Oyóse el crujir de cadenas, una queja sorda ahogada en profundo suspiro... y esto fué todo.

Entonces la voz de Sigifredo resonó de nuevo en el lúgubre silencio que había seguido á esta salvaje escena:

—La pena que acabas de sufrir te esperaba en cualquier circunstancia, pero, además, necesito tu mano derecha para colocarla en el ataúd de Rogerio, que fué muerto á manos del marido de tu hija...

Al oír estas palabras, Diederich se inclinó por tercera vez sobre el prisionero...

Momentos después el anciano Caballero Teutónico y el verdugo estaban de vuelta en el pequeño patio contiguo al castillo. Después de haber atravesado el pasillo, Sigifredo toma de manos de Diederich la linterna y un objeto envuelto en un guñapo, y se dice á sí mismo en voz alta:

—¡Ahora á la capilla, y después á la torre!...

El verdugo le miró vivamente, pero el jefe le mandó que se fuese á acostar, y él se fué del lado de la capilla.

Una vez allí metió en el ataúd de Rogerio la ensangrentada mano de Iurand.

Y como antes se puso á hablar al cadáver:

—¡Aquí tienes un regalo que no esperabas, hijo mío! Pero esto no es todo... Voy á traerte otra cosa que te regocijará más todavía...

Y de nuevo salió, dirigiéndose hacia la torre donde estaba encerrada Danusia.

Lo que iba á hacer debía ser espantoso, á juzgar por el aturdimiento del miserable anciano. Tal era su emoción, que habíase olvidado la linterna, caminaba á tientas como un ladrón.

Después de abrir la puerta de la torre se encontró en lo bajo de la escalera, muy estrecha, y se puso á subirla.

De súbito oye extraño ruido, una especie de gruñido sordo que le llenó de espanto, porque en el mismo momento se le ocurrió la idea de que no podía ser otra cosa que el espíritu de Rogerio que venía á interceptarle el paso y á prohibirle que entrase en la torre.

—¿Quién está ahí? preguntó con voz ahogada.

No obtuvo respuesta alguna, pero el gruñido se hizo más perceptible, como si el ente misterioso que lo exhalaba bajase la escalera.

—¿Quién está ahí? repitió Sigifredo, é instintivamente empezó á retroceder.

De súbito recibe en pleno pecho tan tremendo golpe, que cayó tan largo como era, desvanecido, en tanto que negra sombra pasaba á su lado y desaparecía en el patio.

### XXXI

**E**L viaje de Zbyszko á Mariembourg no tuvo ningún resultado práctico. Apenas el Gran Maestre, gracias á la carta del Duque de Mazovia y á las recomendaciones de Mr. de Lorche, había consentido en darle una autorización escrita para buscar á Danu-

sia en todas las fortalezas de Prusia, cuando estalla la guerra entre la Lituania y la Orden Teutónica. En presencia de esta guerra la autorización, expedida por el Gran Maestre *en tiempo de paz*, dejaba de ser valedera, y los jefes á los cuales se había dirigido el joven caballero ni aun siquiera habían querido enterarse de su contenido.

En Prusia supo Zbyszko una cosa, la única que podía servirle de algo en sus investigaciones. Sigifredo de Löwe había partido á la guerra de Lituania. En consecuencia, decidió Zbyszko irse inmediatamente á ver al duque Witoldo para tomar parte en esta guerra y apoderarse del viejo Sigifredo, el único que podía decirle dónde se encontraba Danusia y lo que había sido de Iurand.

Al llegar á Lituania se unió á él su tío Mateo, el cual, prevenido por Chlava de su marcha á Mariembourg, había ido á su encuentro, y, habiéndose cruzado con él en el camino, emprendió de nuevo la marcha en busca suya.

Después de haberle estrechado contra su pecho, como el mejor de los padres que desde hace mucho tiempo no ha visto á su hijo, Mateo contó á Zbyszko cosas extraordinarias.

Habiendo sabido por Chlava que su sobrino había marchado á Mariembourg, é intranquilo por su suerte, el anciano caballero, tan sagaz como valiente, había logrado obtener por mediación de la duquesa Alejandra, hermana del rey Jagello, un salvoconducto del mismo conde Lichtenstein dándole libre acceso en Prusia.

Lichtenstein, que en otra ocasión había visto á Mateo cubierto con su casco, no lo conoció ahora cuando la princesa Alejandra se lo presentó en Plock como piadoso caballero que deseaba conocer al Gran Maestre de la Orden Teutónica, á cuyo efecto quería ir á Mariembourg.

En una palabra, el subterfugio había tenido completo éxito, y Lichtenstein, al entregar al «piadoso caballero» el salvoconducto que éste había solicitado para poder llegar libremente hasta Mariembourg, estaba lejos de sospechar que este caballero era el tío del aturdido joven que en otra ocasión le había atacado en el camino de Cracovia; el hombre que había hecho voto, no de hacer el viaje á Mariembourg, sino de conseguir un día la piel de Lichtenstein.

(Continuará).

## LIMOSNAS

PARA COADYUVAR Á LA SANTA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

Barcelona.—J. S. . . . . 6 Ptas.  
Mazarrón.—D. Ginés Morales.. . . . 61'25 »

TOTAL recaudado durante este segundo trimestre y que va á ser enviado al Consejo Central de la Obra de la Propagación de la Fe. . . . . Ptas.: 533'05

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona